

Nuevas consideraciones sobre los *Cuentos negros* de José Asunción Silva

*Enrique Santos Molano**

Recibido: 17 de octubre de 2006. Aceptado: 27 de noviembre de 2006 (Eds.)

Resumen: En 1996 el autor atribuyó a José Asunción Silva una colección de relatos anónimos o firmados con seudónimo que aparecieron originalmente en el periódico decimonónico *El Telegrama*. Obedeciendo a una idea de Silva, el autor publicó esos relatos con el título de *Cuentos negros*. Al atribuirse los a Silva, el autor se fundó en el hecho de que tales relatos corresponden a la estética del *Art Nouveau* empleada por Silva en textos más conocidos, comparten una atmósfera sombría y romántica como la del “Nocturno”, o mencionan similares detalles topográficos o culturales.

Descriptores: Cuentos colombianos; atribución autorial; *Cuentos negros*; Silva, José Asunción.

Abstract: In 1996, the author attributed to José Asunción Silva a collection of anonymous or pen-named stories originally published in the 19th Century newspaper *El Telegrama*. Following an idea by Silva, the author published these stories in a volume entitled *Cuentos negros*. The author argues that they share *Art Nouveau* elements present in other well-known texts written by Silva, the melancholic and romantic atmosphere similar to Silva’s “Nocturno,” and other topographic and cultural elements.

Keywords: Colombian short stories; authorship; *Cuentos negros*; Silva, José Asunción.

Desde su publicación en 1996, a raíz del centenario de la muerte del poeta, los *Cuentos negros* atribuidos por mí a José Asunción Silva, han despertado entusiasmos y suspicacias. El escritor, Rafael Humberto Moreno Durán, recientemente fallecido, me decía que si estos cuentos no eran de Silva,

* Escritor y periodista, columnista de *El Tiempo* y miembro de la Alianza de Escritores y Periodistas (AEP), editor de *La Hojarasca* (enrique@esantostmolano). El presente artículo es la respuesta de Santos Molano a los estudios de los profesores Jorge Antonio Mejía y José Eduardo Jaramillo Zuluaga.

no sabía de quien más pudieran ser, pues tenían párrafo a párrafo la marca del poeta. Otros consideran que atribuirselos a Silva era y es una audacia inaceptable en el terreno literario.

Por su parte el ensayista colombiano José Eduardo Jaramillo Zuluaga ha dedicado muchos años a corroborar de una manera científica la autoría de Silva en estos *Cuentos negros*, o a refutarla. Y también el profesor Jorge Antonio Mejía ha puesto al servicio de esta tarea su magnífico programa Cratilo, que permite interrelacionar vocablos, párrafos y amplios textos para equiparar las semejanzas o las disimilitudes entre los textos reconocidos de Silva, y los que se le atribuyen, como es el caso de los *Cuentos negros*.

Los *Cuentos negros* eran un proyecto de novelas psicológicas que Silva tenía pensado escribir. La que conocemos, *De sobremesa*, hace parte de ese proyecto, y sabemos de otras dos que se titulaban *Del agua mansa* y *Ensayo de perfumería*. Poco más de un mes antes de morir José Asunción le escribe a su amigo Eduardo S. Gutiérrez, quien se halla en Europa: “Estoy llevando una vida inverosímil. No veo a nadie. Trabajo el día entero y la mitad de la noche, y confío en no cumplir los treinta y tres sin poder descansar, pero de veras, y entregarme a leer alemán y escribir novelas para que usted diga que le gustan” (Silva, 1995, 141). Aquí podría entenderse que, en ese momento, los trabajos de Silva se orientaban a otras cosas diferentes a la literatura y a la actividad específica de escribir novelas; pero lo cierto es que ya tenía el borrador completo de *De sobremesa*. En 1965 el historiador y Académico Roberto Liévano, en su lecho de enfermo, tuvo la bondad de enseñarme la carátula original hecha por Silva para encuadernar los manuscritos de su novela, con el famoso dibujo de la mariposa que se publicó en la edición póstuma de 1925. En esta carátula diseñada por Silva, *De sobremesa* figura como subtítulo y el título principal es el de *Cuentos negros*. De ahí he sacado la deducción de que *De sobremesa* hacía parte de la serie denominada por su autor *Cuentos negros*.

Por supuesto los *Cuentos negros* que seleccioné para la edición de 1996 sólo podían ser borradores de capítulos que Silva publicaba en los periódicos, principalmente en *El Telegrama* de Bogotá, como colaboración y como una medida para conocer qué efecto producían en los lectores. Los diez cuentos que, después de varios años de estudio del estilo, de las condiciones históricas, de una comparación minuciosa y difícil del lenguaje utilizado por Silva en sus escritos conocidos con los que yo le atribuía, son el producto decantado de más de cincuenta textos que en principio supuse escritos por

Silva. Los cuarenta rechazados lo fueron porque en algún momento verifiqué pertenecían a pluma distinta de la de Silva o porque el análisis del lenguaje me llevó a la conclusión de que, no obstante algunas semejanzas, ese no era el estilo de Silva. De los diez cuentos sobrevivientes, que conforman el volumen de *Cuentos negros* publicado por Planeta en 1996, es absoluta la seguridad de que no pueden ser reclamados por ningún escritor distinto a José Asunción Silva.

En el prólogo para este volumen de *Cuentos negros* hice una explicación prolija de los muchos motivos que me llevaron a sostener que esos diez cuentos no pueden tenerse como atribuidos a Silva, sino que son de Silva. Digo allí que las obras literarias, como los vinos, tienen sus características particulares, que permiten identificar su autoría con una certidumbre del ciento por ciento cuando, por alguna razón, el autor las dejó sin firma o las publicó con un seudónimo de cuyo progenitor no existen huellas visibles. Luis del Corral, uno de los periodistas colombianos más agudos y más traviosos que hayan circulado en Colombia por las páginas de un diario, y que gozaba con la manía de cambiar de seudónimo como se cambia de corbata, dijo al respecto: “Todos en este país escriben, unos bien, otros mal, pero todos con estilo propio [...]. Aun los hijos abandonados en las columnas de los diarios tienen padre. Lo está denunciando una frase, un giro, hasta una sola palabra” (1).

También existen para las obras literarias, como para los vinos, cataadores expertos que puedan identificar a un autor con un simple buche de su estilo, o como dice Luis del Corral, con “una frase, un giro o hasta una sola palabra”. Yo no soy catador de obras literarias en general, por constituir este campo uno bastante más amplio y complejo que el de los vinos, como para que lo pueda abarcar una persona; pero soy catador de la obra de José Asunción Silva, entre otras, y a lo largo de los años he aprendido a reconocer el estilo del autor del “Nocturno”, así en su poesía como en su prosa, con sólo probarlo.

Ahora bien, quienes durante años de años hemos dedicado tiempo y paciencia a conocer la obra de Silva sabemos que su estilo corresponde a uno que podríamos llamar plástico, o *Art Nouveau*, inaugurado en Europa por Charles Baudelaire, Oscar Wilde y Jorys Karl Huysmans, continuado en español por José Asunción Silva, y que llega a su cúspide con la prosa de Marcel Proust y se extiende luego a grandes novelistas como Francis Scott Fitzgerald y Aldous Huxley. Esta característica es la primera que nos

permite identificar un escrito de Silva que no esté firmado o que lo esté con seudónimo, porque ninguno otro en Colombia, excepto tal vez Rafael Pombo, si bien en mucho menor grado, poseyó esos atributos plásticos que hacen algo tan especial de la prosa y la poesía silvianas. En ellas los elementos plásticos fundamentales son la luz, el color y el claroscuro, como podemos apreciarlo en los siguientes párrafos de la novela *De sobremesa*:

Eran las doce menos veinte minutos cuando salí al boulevard y me confundí con el río humano que por él circulaba. El aspecto de las barracas de año nuevo, negras sobre la blancura de la nieve, de las ventanas de los restaurantes, rojizas por la luz que se filtraba por los despulidos vidrios y las transparentes cortinillas, los esqueletos descarnados de los árboles, que alzaban las desmedradas ramas hacia el cielo plomizo y bajo, la misma animación de la multitud, ruidosa y alegre, aumentaron la horrible impresión que me dominaba. Caminé durante un cuarto de hora con paso bastante firme y... Me detuve un instante cerca de un pico de gas, cuya llama ardía en la oscuridad nocturna como una mariposa de fuego (1979, 236).

Contrastémoslo con el siguiente párrafo de “El primer beso”, uno de los textos incluidos en los *Cuentos negros*, y se verá que son parto de la misma pluma:

La tarde es la hora de la serenidad y del silencio, de la melancolía y de los recuerdos, de la oración y de las lágrimas; la hora de los misterios de la naturaleza y del espíritu; la hora de los ensueños y del amor, de las sombras y de la luz.

Ningún pintor podría trasladar al lienzo lo que se ve en esa hora de recogimiento universal, en que el alma se siente como adormecida con todas las armonías que de la naturaleza se levantan, como una plegaria fervorosa, hasta el espléndido alcázar de los cielos.

[...] Y el rubio sol nos priva de su luz; envuelto en nubes purpúreas y ambarinas, ha desaparecido por el borde occidental del horizonte, y sus débiles reflejos tiñen de sonrosado color la transparente bóveda del cielo. (1996, 31-32)

Ambos textos han sido escritos con diez años de diferencia, pero la semejanza del estilo, que permite identificarlos como del mismo autor, es inocultable.

En “El primer beso” encontramos también estas como pro formas del célebre “Nocturno”: “Los cubre como una gasa de melancólica luz, y los hace tomar formas fantásticas” (32), “arabescos de luz [. . .] dibujan millares de luciérnagas entre los velos de la oscuridad” (35). Ahí tenemos ya las luciérnagas fantásticas del “Nocturno”. Y si no basta, agreguemos: “dos almas que, después de amarse mucho sobre la tierra sombría, se encontraron de repente, al través de la distancia y de los siglos, en lo infinito de la eternidad (39). Como en el “Nocturno”: “separado de ti misma, por la sombra, por el tiempo y la distancia, por el infinito negro [...]” (Silva, 1979, 58). Es notable la similitud de ambiente nocturnal que hay entre “El primer beso y el “Nocturno”, y las afinidades de orden sentimental y psicológico. En ambos textos se trata de dos almas que quieren juntarse y que son fatalmente separadas por circunstancias insalvables. En “El primer beso” los dos amantes se dicen “Adiós” y se pierden “entre las sombras de la noche” (1996, 39), y en el “Nocturno” “las sombras se buscan y se juntan en las noches de nebruras y de lágrimas” (1979, 58).

En el relato “El paraguas del padre León” dice Silva: “De dónde venía, a dónde iba el padre León protegido por el enorme paraguas rojo, alumbrado por [...] De hijo había tomado el chocolate en casa de unas buenas amigas suyas, dos viejecitas que viven en la Calle de los Béjares, en una sala que olía a papayas, sentado en un viejo sillón de cuero labrado, de vaqueta cordobesa, teniendo al frente un cuadro desteñido de Gregorio Vásquez” (1979, 305). En “La amiga de entre semana”, otro relato de los *Cuentos negros*, leemos: “Hasta el nombre lo dice: esa alma de cántaro que vive en la calle de las Véjares” (54); “Llegaron Tobías y Tecla a la calle de las Véjares” (56).

La de las Véjares o los Béjares era una calle colonial ubicada en la actual calle 21 entre carreras 5ª y 7ª, en el barrio de Las Nieves, y no hay otro autor colombiano que se refiera a ella en sus escritos o que la cite de alguna manera, excepto, claro está, Moisés de la Rosa en su libro *Calles de Santafé*. Ergo si sólo en “El Paraguas del padre León”, texto escrito por Silva para un álbum ideado por Clímaco Soto Borda, se habla de la Calle de los Béjares, no pueden ser sino del mismo autor los cuentos “La amiga de Entre Semana” y “Mi sia Ramona”, y es indudable que el personaje del primero, Tecla, es una de las dos viejecitas que habitan en dicha calle y que invitan a tomar chocolate al padre León.

En el párrafo transcrito de “El Paraguas del padre León” habla Silva de “un cuadro desteñido de Gregorio Vásquez” (1979, 305). En “La Torre de

marfil” se dice de los ojos de Eutanasia del Castillo, “esos ojos negros que parecen salidos de un cuadro de Vásquez” (1996, 112). En *De sobremesa* el personaje José Fernández se ufana de ser poseedor de varios cuadros de Gregorio Vásquez, nuestro gran pintor de la colonia (1979, 167).

Si el autor de “La amiga de entre semana” es José Asunción Silva, por fuerza tiene que serlo de “Mi sia Ramona”, como que estos dos cuadros de costumbres están anunciados por Manuel, al comienzo del primero, entre los varios que se propone escribir sobre costumbres bogotanas. “Mi sia Ramona”, sin duda más elaborado que “La Amiga de entre semana”, es más audaz, tanto en la crítica social, como en la descripción psicológica de los personajes. La técnica narrativa de Silva es aquí igual a la que después empleará en *De sobremesa*. Por ejemplo, *Mi sia Ramona*, cuyo espíritu es la esencia del cuento, no aparece una sola vez, y a través de su marido nos da Silva el perfil psicológico del protagonista femenino, de modo similar al que, en *De sobremesa*, a través del amor fantasmal de José Fernández, obtenemos la descripción exacta de Helena de Scilly Dancourt. Las reflexiones que sobre el dolor se hacen en “Mi sia Ramona” guardan tanta fidelidad con varias páginas de *De sobremesa*, que sólo pueden haber sido escritas por Silva. Y sólo a Silva se le ocurriría introducir en su relato a un ministro ruso de nombre Stracortoff. Acerca de los polvos de arroz, que constituirían uno de los cuadros anunciados por Silva, nos los encontramos en *De sobremesa*: “pero en el aire que en ti se respira se confunden olores de mujer y de polvos de arroz, de guiso y de peluquería” (1979, 224). Los polvos de arroz eran un talco precursor de los polvos Ponds y Max Factor, y Silva tenía porqué hablar de ellos pues los había trajinado durante más de seis años en su almacén del atrio de Santo Domingo.

En varios episodios de *De sobremesa* el protagonista José Fernández menciona a sus parientes los Andrade. “Afuera voz de mis tres Andrades, sedientos de sangre, borrachos de alcohol y de sexo, que tendidos sobre los potros salvajes arrasabais las poblaciones incendiadas” (259). Uno de los protagonistas de “Mi Primer Amor” es Manuel Andrade, que corresponde al carácter de uno de los tres Andrade citados por Fernández.

Una última consideración analógica. El estilo de Silva posee otra característica específica. Se nota en el escritor al comerciante, a la persona que ha trajinado muchos años detrás del mostrador, y que a través de ese trajín, de lidiar a diario con el público, con las mercancías, con los precios, con las marcas, tiene un modo peculiar de mirar el mundo y de describirlo.

Compárese el texto de *De sobremesa* con el de los *Cuentos negros* y se encontrarán semejanzas inequívocas que permiten asegurar que aquella y estos fueron escritos por el mismísimo autor que pasó cerca de quince años de su vida detrás de un mostrador.

Bibliografía

Del Corral, Luis. "Nota de opinión", en: *Gil Blas*. No. 1.814. Bogotá: octubre 15 de 1917, 1.

Rosa, Moisés de la. *Calles de Santafe de Bogotá. Homenaje en su IV Centenario*. Bogotá: Ediciones del Consejo, 1938.

Silva, José Asunción. *Cuarenta y Cinco Cartas*. Enrique Santos Molano (comp.). Bogotá: Gradiva, 1995.

_____. *Cuentos negros*. Enrique Santos Molano (comp.). Bogotá: Planeta, 1996.

_____. *Poesía y prosa*. Santiago Mutis Durán y J. G. Cobo Borda (eds.). Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1979.